

INQUIETUDES HUMANAS PARA REENCANTAR LA MISIÓN

Lucas Cerviño¹

Introducción

Hablar y reflexionar sobre la antropología misionera, es adentrarse en dos caras de un mismo Misterio: el del ser humano que se encuentra con la divinidad y el de un Dios que nos ama hasta la muerte: muerte en cruz y abandono del Padre. Ante la inmensidad del Misterio no queda más que balbucear algunas palabras con el deseo que estos sonidos fonéticos sean más bien Palabras desde Dios y no un simple hablar sobre Dios.



Las direcciones para adentrarse en la interrelación ser humano-Dios y Dios-ser humano podrían ser múltiples como diversos sus caminos. Esta vez quisiera partir desde nosotros mismo, desde aquello que habita en lo más íntimo de nuestros corazones para aventurarnos hacia lo hondo y vital del ser humano y de todo discípulo y discípula misionera: las inquietudes² humanas. Eso que está ahí y muchas veces pasamos por alto, haciendo oídos sordos porque generan "desasosiego, desazón", conmociona nuestra comodidad y tranquilidad. Escuchar nuestras inquietudes humanas desestabiliza, mueven y remueven, pero justamente por eso produce movimiento, búsqueda y envío hacia lo desconocido.

Luego, desde estas, nuestras inquietantes inquietudes que nos empujan en la búsqueda de nuevos y desafiantes horizontes, ofreceré un esbozo de respuesta a lo que ya Juan Pablo II en el inicio del siglo XXI había percibido como una urgente necesidad: el de una "acción misionera confiada, emprendedora y creativa" (NMI 41). Es que sólo desde personas creativas, emprendedoras y confiadas podrá la misión misma recuperar su empuje y creatividad.

¹ lucascervino@yahoo.com.ar

Instituto Latinoamericano de Misionología - Presentado en el Simposio misionero. Montevideo 22 junio 2009

² **Inquietud:** (Del lat. *inquietudo*). 1. f. Falta de quietud, desasosiego, desazón. 2. f. Alboroto, conmoción. 3. f. Inclinación del ánimo hacia algo, en especial en el campo de la estética. U. m. en pl. *Inquietudes literarias*, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

1. Desencanto misionero necesitado de “una fuerte conmoción”

Pero, ¿por qué hemos perdido creatividad y empuje misionero?, ¿por qué los Obispos en Aparecida nos dicen que “la Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del continente” (DA 362)? ¿Acaso la misión está movida por demasiados intereses personales que hacen imposible un envío desinteresado hacia las nuevas fronteras de la humanidad?

Muchos y muchas dirán que en realidad la dificultad está en la configuración de la sociedad actual, en este tiempo postmoderno y secular, que rechaza todo lo religioso y donde cada uno piensa sólo en sí mismo. Pero, por un momento, miremos hacia nosotros mismos, ¿de dónde brota mi pasión por la vida y por la misión?: del amor de Dios que transforma mi vida, del interés de salvación ajeno, de mi necesidad de relación, afecto y compañía; de la búsqueda de protagonismo y poder; del deseo de aportar a un mundo algo más fraterno, solidario y digno.

¿Será que es un único manantial desde el cual brota mi pasión por la vida y por la misión? o ¿será que todavía seguimos viviendo en un dualismo esquizofrénico que fragmenta y parcializa nuestras vidas? Teniendo momentos para vivir la vida y momentos para vivir la misión o “hacer misión”. ¿Acaso no es la misma pasión? A lo mejor ha llegado la hora que realmente cuestionemos ¿cuáles son los manantiales humanos que harían posible el envío gozoso hacia los demás? ¿Cuáles son mis inquietudes profundas y vitales?

Estos interrogantes no podemos infravalorarlo si realmente deseamos, como Iglesia y personalmente a la luz de Aparecida, “repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia (la) misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11). Esto exige valentía y seriedad porque esta nueva audacia, continúa el documento, “no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonista de vida nueva para América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu.” (DA 11)

Parece ser que hemos perdido el empuje y la creatividad misionera por la incapacidad de “encarnar” la novedad de la Buena Noticia inaugurada por Jesús. Se nos invita a “repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia” la misión, superando todo espiritualismo desencarnado, todo intimismo evasivo de la realidad, toda manipulación religiosa en función del poder. Digámoslo con claridad y sencillez, la misión ha perdido su encanto. O mejor dicho, en nuestro continente se percibe un difundido y arraigado desencanto por la misión. Nuestros pueblos, que en su mayoría se reconocen cristianos, están encantados por otros sueños y anhelos; por otros proyectos de vida; por otras propuestas sociales y culturales; hasta por otras experiencias religiosas.

Ante esta desafiante realidad, el reencanto de la misión por una parte pasa por saber dialogar con estos nuevos proyectos de vida modernos-postmodernos, seculares-eclesiales que hoy encantan; y por otra parte preguntarnos, sin medias tintas, ¿cuáles son nuestras verdaderas y más hondas inquietudes humanas? ¿Qué nos inquieta³ como personas creyentes comprometidas con la misión? ¿Qué es lo que mueve para ser “propenso a promover o efectuar cambios”? Porque en la medida que logremos escuchar y dejarnos mover por nuestras verdaderas inquietudes tal vez se irá gestando ese nuevo Pentecostés que hace ya tanto tiempo se anuncia y desea⁴, pero parece nunca llegar.

Entonces, ¿por dónde van nuestras inquietudes humanas y porque plenamente humanas, divinas?, ¿cuáles son las inquietudes dentro de nuestras sociedades actuales?, ¿en qué medida nos dejamos afectar por las inquietudes de aquellos que nos resultan extraños y diversos por tener otras opciones de vida?, ¿de dónde brotan nuestras motivaciones para decir sí a la vida cada día y poder ofrecer gérmenes de vida plena a los demás?

En definitiva preguntarnos sobre aquello que nos inquieta no es crear malestar y desasosiego en el alma, sino promover “una fuerte conmoción” para poder reorientarnos hacia el bien, hacia una vida plena; es interrogarnos sobre la autenticidad y radicalidad de nuestra experiencia de fe y hasta que punto es germen de esperanza en el mundo. Como afirma Moltman en su estudio sobre la esperanza, “la fe, cuando se dilata hasta llegar a la esperanza, no aquieta sino que inquieta, no pacifica sino que impacienta. La fe no aplaca el *cor inquietum*, sino que ella misma es ese *cor inquietum* en el ser humano.”⁵

Tal vez la fuente del desencanto misionero es una experiencia de fe demasiado aquietadora que va suprimiendo toda búsqueda que desinstale en pos de la alteridad. Nuestra fe se ha vuelto extremadamente justificadora y racional, consumiendo toda creativa novedad. Más que impacientar, pacífica y tranquiliza conciencias, y al tranquilizar las conciencias anula la impaciencia ante el destino de la humanidad.

Hemos de recuperar el “corazón inquieto” que despacifica nuestra comodidad y seguridad para poder aventurarnos en la siempre dinámica y continua búsqueda del Misterio de Dios, que irrumpe desde las fronteras de la diversidad religiosa, cultural, social y sexual. Tal vez un camino para generar esa “fuerte conmoción” que la Iglesia necesita, sea el de abrir nuestros oídos, ojos y manos para escuchar, mirar y tocar nuestras inquietantes inquietudes humanas, plenamente humanas y por ello divinas. Para esto se hace necesario sumergirnos en las inquietudes humanas, para poder reencantar la misión: ese envío en pos de lo desconocido para promover vida plena para todos y todas y todo.

³ **Inquieto, ta:**(Del lat. *inquiētus*). 1. adj. Que no está quieto, o es de índole bulliciosa. 2. adj. Propenso a promover o efectuar cambios. 3. adj. Desasosegado por una agitación del ánimo. 4. adj. Se dice de aquellas cosas en que no se ha tenido o gozado quietud, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

⁴ Aparecida lo volvió a repetir, “para un gran impulso misionero... necesitamos un nuevo Pentecostés.” (DA 548).

⁵ JURGEN MOLTMAN, *Teología de la Esperanza*, Ed. Sígueme, Salamanca 1969, 26.

2. Un mapeo por las inquietudes humanas

Las inquietudes humanas son infinitas como infinitas fueron las estrellas que Abraham miró en el cielo cuando Dios le prometió una gran descendencia: "Mira el cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas... así será tu descendencia" (Gn 15,5). Pero como Abraham, ante la palabra de Dios, también nosotros hemos de partir desde nuestras inquietudes: "Dijo Abram: 'Mi señor Yahveh, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijos...? He aquí que no me has dado descendencia...'" (Gn 15,2-3). Hemos de explicitar nuestras personales, propias e íntimas inquietudes.

2.1 Corazón inquieto, ¿de qué?

Las inquietudes brotan del corazón, lugar donde se encuentran nuestros afectos, sentimientos y pensamientos. Parafraseando al evangelista Mateo podríamos decir que allí donde están nuestras inquietudes, nuestro tesoro, allí está nuestro corazón. (cf. Mt 6,21) ¿Por qué situaciones, realidades y sueños está inquieto el corazón de los creyentes? ¿Cuáles son las inquietudes eclesiales en Latinoamérica? No será que nuestros corazones se inquietan por sueños demasiados personales, por situaciones puramente eclesiales y morales. ¿La crisis, inquieta nuestros corazones? Sí, tal vez la inquietud más difundida en estas épocas es el temor y miedo ante la crisis económica mundial. Crisis económica que, como punta del iceberg, manifiesta el profundo cambio epocal en el cual estamos inmersos.

La crisis nos inquieta, muchas veces paralizándonos e impidiendo que seamos creativos y más bien añoremos el pasado, buscando regresar a aquel pacífico y estable estado social, cultural y religioso. Pero la crisis ha llegado para quedarse y el desafío es ver, como afirma A. Einstein, que

"la crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. (...) Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias violenta su propio talento y respeta más a los problemas que a las soluciones. (...) Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía."⁶

"La crisis es la mejor bendición": por tanto la crisis viene de Dios y no se contrapone a El. Es bendición por tanto hemos de escuchar el latido de la crisis en nuestro interior y nuestras sociedades para poder oír lo que el Espíritu quiere comunicarnos hoy. ¿Será que en la Iglesia se observa la crisis, no sólo económica, sino también ese profundo mutamiento de valores, sentires y pensamientos, como una bendición venida de lo alto? Tal vez como Abraham, hemos de aprender a confiar en esa descendencia-bendición que a través de las generaciones se irá gestando (Cf. Gn 15,13-21), aunque no la veamos y percibamos con cabalidad hoy.

⁶ <http://www.todointeressante.com/2009/02/superar-la-crisis-y-albert-einstein.html>

“La creatividad nace de la angustia”, de esa angustia que, como la de Jesús ante el abandono del Padre, se transforma en germen de nueva vida. De la noche oscura de la crisis brota una creatividad capaz de perforar la realidad humano-divino-cósmica para adentrarse en la hondura del Misterio. Como seres humanos, la angustia nos inquieta, y como cristianos hemos de reconocer en esa angustia la puerta a atravesar si deseamos ofrecer esperanza y sentido en estos tiempos crepusculares. También Abraham ante la insistencia de su hijo Isaac sobre dónde estaba el cordero, hemos de convivir con la angustia durante el camino y responder “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (Gn 22,8)

“Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias violenta su propio talento”. Tal vez en los ambientes de iglesia estamos cometiendo el error de proyectar nuestros errores, como la poca fe y la rígida institucionalización, a la crisis social. Con ello estamos “respetando más a los problemas” que realmente aprovechar para visitar nuestra rica tradición cristiana y de la humanidad en busca de inesperadas y novedosas soluciones. Ha llegado la hora de sacar primero la viga de nuestros ojos para poder saber la brizna de los ojos de los demás (Cf. Mt 7,4-5).

“Sin crisis no hay desafío... la vida es una rutina... lenta agonía”, es ella, la crisis, la que nos inquieta y da vida. Es la que hace que el vino nuevo rompa las antiguas vasijas exigiéndonos a crear y recrear nuevas vasijas, vivencias y estructuras que sepan responder a los tiempos de hoy: “vino nuevo, en vasijas nuevas” (Mc 2,22). Bendita crisis que nos interpela a recrear nuestros ritos, profundizar nuestras creencias, reestructuras nuestras instituciones para salir de la cómoda instalación. Pero no basta con escuchar lo que habita en nuestro corazón inquieto, en tiempo de pluralidad y diversidad es urgente dejarnos inquietar por lo que habita en los corazones de los demás.

2.2 Dejarnos inquietar⁷ por la irrupción de la pluralidad

La pluralidad religiosa, cultural y social irrumpe en todos las sociedades del mundo. Es un fenómeno del cual nadie ni nada pueden escapar. Pero muchas veces esta pluralidad que irrumpe es prejuizada, etiquetada, condenada por no entrar en los esquemas simbólicos y mentales de la cultura y religión dominante en un territorio.

Ante este fenómeno se nos invita a desarrollar la urgente actitud de dejarse inquietar por la pluralidad: despojarse de la quieta y pacífica posesión de verdades, lugares y privilegios a partir del encuentro y diálogo con los sujetos emergentes como los indígenas, las mujeres, los jóvenes de culturas urbanas, los campesinos y migrantes. A menudo esquivamos o

⁷ **Inquietar.:** (Del lat. *inquietāre*). 1. tr. Quitar el sosiego, turbar la quietud. U. t. c. pml. 2. tr. *Der.* Intentar despojar a alguien de la quieta y pacífica posesión de algo, perturbarlo en ello, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

permanecemos indiferentes ante la presencia de personas que pertenecen a otra cultura, religión, clase social o manifiestan otra tendencia sexual, política e ideológica diversa a la propia, por el simple motivo que no deseamos cuestionar nuestra comodidad e instalación.

De esta forma olvidamos algo fundamental puesto nuevamente de relieve por Benedicto XVI: "que los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones" (DA 375). Y será en la medida que sepamos dialogar con los corazones de estos sujetos emergentes que podremos, como subraya Aparecida, "abandonar las estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe" (DA 365) y una renovada acción misionera.

Dejarnos inquietar por la diversidad para vincularnos al tesoro que habita en el corazón del otro o la otra es, siguiendo la propuesta de Aparecida, "entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37) que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos." (DA 135). Dejarnos afectar por el otro/a, aproximarnos a sus inquietudes y anhelos para que deje de ser un extraño más y se convierta en nuestro prójimo.

¿Cuáles son algunas de las inquietudes que habitan en estos extraños que se vuelven prójimos y de las cuales podemos aprender algo para nuestras vidas? Tal vez la búsqueda de una vida auténtica y radical; la lucha por un mundo algo más justo, solidario y fraterno; la posibilidad de ser actores de su propio proyecto de vida; el deseo de la autodeterminación superando todo colonialismo interno; las ansias de relaciones genuinas y horizontales superando todo paternalismo y asistencialismo...

2.3 Inquietos por la cercanía y movimiento del Misterio

Pero también el Misterio de Dios nos inquieta, de toda modorra espiritualista y evasiva, cada vez que dejamos rozarnos por su infinito amor y movernos a partir de su impulso vital. La verdadera y auténtica cercanía al Misterio, esa experiencia de fe renovada y constante, es la que nos pone en movimiento para recrear una vez más los pasos de Jesús.

No basta la cercanía al Misterio si este no produce en el ser humano desinstalación, envío en busca de esa alteridad muchas veces negada, silenciada e ignorada. Ansías de comunicar a los demás el gozo vital experimentado. El contacto con el Misterio, como el toque de la hemorroísa a Jesús (cf. Mc 5, 25-34), inquieta, por eso es transformador y sanador, generador de nueva vida; moviliza, impulsa hacia afuera. Antes de ser "enviados a", somos "movidos por" esta fuerza vital que fluye en cada presente esperando ser acogida e interiorizada por el ser humano.

Ésta es la deslumbrante experiencia del evangelista Juan que lo lleva a decir: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras

manos... la Vida que se manifestó... se lo anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros" (1 Jn 1,1-3). La cercanía con la Vida, con la Palabra de Vida, genera un movimiento para ir generando más vida.

Por tanto, cada vez que "oímos", "tocamos" y "vemos" el Misterio de Dios hemos de permanecer inquietos, intranquilos e impacientes, para ser "enviado a" buscar corazones hambrientos de vida digna, justa y plena para todos, todas y todo. Es desde esta experiencia fundante que surge el discípulo-misionero, donde el seguimiento a Jesucristo y el anuncio del Reino de la Vida van de la mano.

2.4 Enviados a inquietar y compartir inquietudes

Continuando con nuestro mapeo de las inquietudes humanas luego de escuchar nuestro corazón inquieto, de dejarnos inquietar por la diversidad y ser inquietados por la cercanía del Misterio hemos de ser enviados a inquietar y compartir las inquietudes desde los nuevos escenarios emergentes como son la compleja realidad migratoria en el mundo; la acuciante y progresiva contaminación ambiental; las regiones fronterizas marcadas por el choque y desencuentro cultural; la desocupación y explotación infantil a todo nivel; las periferias urbanas sumidas muchas veces en la marginalidad.

En la medida que nuestro corazón inquieto despierta es que podremos ser enviados a inquietar todas esas conciencias masificadas, anuladas por el hedonismo, la explotación y el consumismo. Ir hacia el anonimato social para que cada ser humano pueda experimentar que es un ser único e irrepetible, hijos e hijas de un Padre "que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos." (Mt 5,45)

Entonces la misión que surge desde las inquietudes humanas, no tendrá por finalidad dar respuestas tranquilizadoras y verdades seguras, sino más bien inquietar para que otras y otros, fruto del encuentro con el Misterio, salgan de sus egoísmos, encierros y ensimismamiento personal, familiar, eclesial, cultural, religioso y social. Enviados, para que desde nuestras redescubiertas y asumidas inquietudes de vida, podamos inquietar todo aquello que se anquilosado, estructurado, monopolizado, en fin, instalado.

Justamente esta es la misión por excelencia como aparece en el documento conclusivo de Aparecida: "La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. (...) La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión." (DA 360)

Por tanto, dialogar con todos y todas aquellas que, aún si desde opciones diversas, tiene un horizonte común al nuestro: una vida más digna, justa y solidaria para todos, todas y todo. Compartir inquietudes con personas y grupos alternativos y contestatarios al modelo neoliberal

en crisis, a la propuesta monocultural globalizadora, a una vida sin espiritualidad y Misterio. Encontrarnos y enriquecernos con las personas insatisfechas porque buscan la plenitud, críticas porque no se conforman con poco, y propositivas en la gestación de "otros mundos posibles".

2.5 Relaciones inquietas o inquietas relaciones

Lo que hemos venido describiendo sobre las inquietudes humanas se podría sintetizar en aquello que más inquieta actualmente al ser humano: las relaciones. Como lo afirma el sociólogo Bauman, reconocido mundialmente por su lectura de los tiempos presentes como modernidad líquida: "Las 'relaciones' son ahora el tema del momento y, ostensiblemente, el único juego que vale la pena jugar, a pesar de sus notorios riesgos."⁸

Escuchar, aprender y anunciar una vida plena para todos, todas y todo desde nuestras inquietudes humanas será jugar este juego "que vale la pena jugar, a pesar de sus notorios riesgos". Para jugar este juego hemos de interrogarnos por donde va la inquietud en nuestras relaciones. En otras palabras las nuestras son relaciones inquietas o inquietas relaciones. Lo que parece un simple juego de palabras tal vez esconde algo profundo y vital.

Nuestros vínculos humanos, en este nuevo siglo, son *relaciones inquietas* porque cambian en cada momento de orientación, vinculación y finalidad, produciendo un continuo desasosiego en las personas. Cada vez más hay escasez de esas relaciones estables y eternas, perdurables en el tiempo. Es por eso que para Bauman,

"en nuestro mundo de rampante 'individualización', las relaciones son una bendición a medias. Oscilan entre un dulce sueño y una pesadilla, y no hay manera de decir en qué momento uno se convierte en la otra. Casi todo el tiempo ambos avatares cohabitan, aunque en niveles diferentes de conciencia."⁹

"Oscilan entre el dulce sueño y una pesadilla". Lo que hoy fue plenitud, mañana será tormento, lo que en un momento puede ser confianza y cercanía en otro será indiferencias y lejanía. La ambivalencia es la nota característica en las relaciones de hoy: todos buscan relacionarse con los demás; pero pocos quieren mantener en el tiempo, "para siempre", una relación, justamente porque necesitan libertad para poder relacionarse con muchas otras personas.

Esta ambivalencia de las *relaciones inquietas* es la que va generando en nosotros una profusa sensación de fragilidad que viene acompañada por la inseguridad. Queremos y necesitamos de vínculos pero buscamos siempre estrechar lazos que permanezcan flojos para luego desnudarlos cuando empiecen a coartar nuestra libertad.

⁸ ZYGMUNT BAUMAN, *Amores líquidos. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2008, 9.

⁹ Ídem, 8.

¿No será que este estilo de relaciones inquietas es la que nos ha conducido al desencanto de la misión? Dando un paso más allá, percibo que nuestra relación con el Misterio, con la divinidad, con Jesús, está cargada de esta ambivalencia. Y ante este panorama, no es mi intención satanizar las relaciones inquietas y siempre cambiantes, pero tal vez hemos de armonizarlas con el desarrollo de inquietas relaciones.

La pregunta ahora podría ser, las de Jesús ¿fueron relaciones inquietas o inquietas relaciones? Me atrevo a poner el acento en las segundas: fueron inquietas relaciones que hicieron estallar los esquemas mentales de la cultura y religión de su época.

Inquietas relaciones que nos sacuden y ponen en movimiento, como fueron las relaciones que Jesús fue estableciendo con pecadores y prostitutas, con cobradores de impuestos y paganos, con niños, mujeres. Relaciones para incluir y ofrecer dignidad a los excluidos y marginados de su época; para aprender de los diferentes y extraños de su tiempo como lo hizo con la sirofenicia.

Fueron estas *inquietas relaciones* que Jesús fue estableciendo durante su vida que lo conducirían a la muerte, por haber minado y conmocionado los códigos sociales, culturales y religiosos de la época. Esto porque

“tomó los valores de su tiempo, en toda su variedad, y los volvió del revés. Estuvo empeñado en una revolución social, no en una revolución política; una revolución social que exigía una profunda conversión espiritual. Una revolución social es la que vuelve del revés las relaciones sociales entre las personas en una sociedad.”¹⁰

“Tomó los valores de su tiempo... y los volvió al revés” haciendo que cada persona valga por el mismo hecho de ser persona; donde el ser humano es el parámetro de la ley moral y las normas cúllicas y no viceversa; donde el forastero siempre puede enseñarnos algo. Es decir, la genialidad de Jesús radica en

“una sensibilidad que se centró en el dolor humano, en el sufrimiento de las personas, en la desgracia y la felicidad de los seres humanos. Eso es lo que de verdad le importó y le interesó a Jesús. (...) Lo cual quiere decir que en nuestras relaciones con los seres humanos es donde podemos ofender a Dios o, por el contrario, fundirnos con él, incluso en aquellos casos de quienes ni saben que eso es así o hasta en la situación de los que no creen en un ‘Dios’ que le han intentado imponer por la fuerza del miedo o la culpa.”¹¹

En la medida que recuperemos toda la carga transformadora de estas *inquietas relaciones* sumamente sensibles al desigual, diferente y marginado, podremos ir reconfigurando nuestra misión para que vuelva a adquirir su encanto primigenio. Desde estas inquietudes humanas que hemos intentado explorar y navegar es que logramos reencantarnos de la vida, de lo humano con sus gozos y angustias, con sus esperanzas y desilusiones, con sus

¹⁰ ALBERT NOLAN, *Jesús, hoy. Una espiritualidad en libertad radical*, Ed. Sal Terrae, Santander 2007, 82.

¹¹ JOSÉ M. CASTILLO, *Víctimas del pecado*, Ed. Trotta, Madrid 2004, 217.

alegrías y tristezas; “porque nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su (el de Cristo) corazón” (GS 1).

3. Reencantar la misión

Luego de este recorrido por nuestras inquietudes humanas, tan plenamente humanas que son divinas, llega el momento de visitar la misión con el deseo ardiente de poder encantarnos¹² nuevamente: dejarnos atraer por sus “poderes mágicos” para realmente gustar y gozar de ella y con ella. Visitar la misión desde las inquietudes humanas significa mirar las propuestas eclesiales misioneras actuales, como “la Misión continental”, como el “estado permanente de misión”, como el “despertar misionero” desde lo humano, porque ante la globalización monocultural y neoliberal actual, la misión ha de ser la universalización de lo humano.

Lo que guiara este caminar del reencanto misionero serán tres interrogantes simples y esquemáticos: ¿Desde donde reencantar la misión?, ¿cómo reencantar la misión? y ¿para qué reencantar la misión? A partir de estos interrogantes se ofrecerán provisionales pistas misioneras desafiándonos a partir desde lo humano, caminar con lo humano y orientarnos hacia lo humano. Porque en definitiva una misión que no humaniza y plenifique al ser humano y la creación, que ha de aportar y ofrecer a las vicisitudes del planeta.

3.1 Desde miradas que reencantan la misión

El desde dónde de la misión, hoy más que un lugar geográfico, como lo fue en el pasado misionero, es un lugar existencial. Hicimos referencia a la frase de Benedicto XVI que lo destinatarios de la actividad misionera son “sobre todo, los corazones” (DA 375). Por tanto hoy la misión ha de ser principalmente un envío, no tanto a tierras lejanas, desconocidas y descristianizadas, aunque este es necesario, pero “sobre todo”, ha de ser un envío hacia los corazones y en especial a hacia aquellos corazones bien diversos y diferentes a los nuestros. El envío misionero del siglo XXI, es el envío en busca de la alteridad.

Para concretizar este desde donde es fundamental recuperar una mirada desde el mundo y hacia el mundo, más positiva y radiante. Benedetti, en un hermoso poema “El hombre que mira sin sus antejo” dice:

“En este instante el mundo es apenas
Un vitral confuso
Los colores se invaden unos a otros

¹² **Encantar:** (Del lat. *incantāre*). 1. tr. Someter a poderes mágicos. 2. tr. Atraer o ganar la voluntad de alguien por dones naturales, como la hermosura, la gracia, la simpatía o el talento. 3. tr. germ. Entretener con razones aparentes y engañosas. 4. intr. Gustar en gran medida, agradar mucho. *Le encanta el cine*, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

Y las fronteras entre cosa y cosa
Entre tierra y cielo
Entre árbol y pájaro
Están deshilachadas e indecisas
El futuro es así un caleidoscopio de dudas
Y al menor movimiento el lindo pronóstico
Se vuelve mal agüero
Los verdugos se agrandan hasta parecer
Invencibles y sólidos
(...)
Pero llega el momento en que uno recupera
Al fin sus anteojos
Y de inmediato el mundo adquiere
Una tolerable nitidez
El futuro luce entonces arduo
Pero también radiante
(...)
Decididamente
No voy a perder más mis anteojos
Por un imperdonable desenfoque
Puede uno cometer gravísimos errores.”

Quien sabe si en nuestra misionaridad hemos cometidos “gravísimos errores” como el proselitismo, la imposición cultural,... entre otros motivos, por “un imperdonable desenfoque” al acercarnos a la realidad y contexto de cada momento. No será que hemos perdido nuestros anteojos para ver el mundo y por eso continuamente vemos “un caleidoscopio de dudas” y “mal agüeros” por todas partes. En toda novedad vemos una amenaza, en toda crítica un rechazo, en toda búsqueda creativa un desvío sin retorno, en toda autonomía personal un libertinaje desenfrenado.

Hemos perdido los anteojos y por ello “en este instante el mundo es apenas un vitral confuso”. Por eso para nuestra mirada reina el caos y la confusión. Somos incapaces de contemplar la “tolerable nitidez” de este nuestro presente. Esa nitidez que brota de la búsqueda de una vida auténtica, plena y gozosa por parte de grandes porciones de la humanidad. Esa nitidez de la pureza y transparencia de vida de tantas y tantos que todavía sueñan y se comprometen en la gestación de “otros mundos posibles”.

Parece ser que aquello que está desenfocado, desfigurado, deshilachado e indeciso, no ha de ser principalmente el mundo sino nuestra mirada. Entonces, ¿cómo recuperar nuestros anteojos? Tal vez escuchando, comprendiendo y acogiendo los inquietantes interrogantes humanos de nuestros coetáneos. Recuperar los anteojos para reaprender a mirarnos en el mundo y con el mundo, es recuperar uno de los elementos originales (en el sentido de fundantes) de nuestra fe cristiana. Como afirma el antropólogo benedictino Luis Duch:

"El cristiano, en medio del guirigay de la plaza pública, (...) desprotegido de las seguridades políticas, religiosas y sociales que antaño le habían guarecido de las inclemencias del tiempo, *ha de escuchar, comprender y acoger* la pregunta –a menudo, el grito desesperado- que le dirige el otro –a menudo también con un rostro deshecho como el del Crucificado. A pesar de todo, sin embargo, puede *responder*, es decir, puede *aproximarse* al otro (extraño, extranjero, diferente, enemigo) como lo hace el buen samaritano en la impresionante parábola del 'buen samaritano' (Lc 10, 29-37). Es en la aproximación al otro que se establece la circularidad irrenunciable del cristianismo: no hay referencia a Dios que no incluya la explícita referencia al otro (que ya no es 'otro', sino prójimo, *próximo*), y a la inversa. (...) Aquí se halla la 'esencia del cristianismo', su irreductible núcleo ético, su validez extratemporal y extraterritorial en *todos* los espacios y tiempos"¹³.

"Aproximarse al otro (extraño, extranjero, diferente, enemigo)" para escuchar sus diversas inquietudes humanas que tantas veces nos resultan lejanas, heréticas e inmorales; aproximarse para comprender y mirar la realidad desde sus esquemas mentales y religiosos; acercarse para acoger su pregunta y responder ahora desde una mirada más amplia y profunda.

Desde una mirada que se auto-desafía a armonizar las diversas perspectivas de muchos otros sujetos emergentes que miran desde otras inquietudes como su género, opción de vida, profesión, cultura, vida familiar, espiritualidad, etc. Desde esta búsqueda de la alteridad es que nuestra mirada, y con ella la misión, adquirirá un relucido encanto porque "el futuro entonces luce arduo, pero también radiante".

Entonces sí, el desde donde de la publicitada misión continental no serán las afinadas estrategias y megaproyectos, sino será la el envío, desde las inquietudes humanas a fortalecer la vida de lo humano en nuestro continente. Porque

"lo verdaderamente humano implica el respeto a la alteridad, y en muchas ocasiones supone el perdón mutuo; lo verdaderamente humano implica un esfuerzo hacia la *diversidad sin diferencias*, frente a esa *uniformidad con diferencias sangrantes* que caracteriza a la globalización actual. Lo verdaderamente humano tiende a una dialéctica entre amor y libertad que tiende a la identidad entre ambos."¹⁴

De esta manera, el desde donde de la misión son las inquietudes humanas que habitan en cada corazón. En la medida que sepamos escuchar, comprender y acoger estas infinitas inquietudes, es que iremos recuperando nuestros anteojos. Anteojos que nos posibilitará un mirada en pos de la "aproximación" para hacer del extraño, rechazado, extranjero, diferente, un prójimo al cual amar.

¿Pero como concretizar este desde donde misionero? Si es cierto que lo humano brota desde el amor y la libertad, el cómo reencantar la misión tendrá su punto fuerte en estas vitales dimensiones del ser humano.

¹³ LLUÍS DUCH, *Estaciones del laberinto. Ensayos de antropología*, Ed. Herder, Barcelona 2004, 220-221.

¹⁴ J. IGNACIO GONZÁLEZ FAUS, *Calidad cristiana. Identidad y crisis del cristianismo*, Ed. Sal Terrae, Santander 2006, 357.

3.2 El “estado permanente de misión” como permanecer en el amor

Según la propuesta lanzada en el documento conclusivo de Aparecida el como desarrollar la misión actual es “poner a la Iglesia en estado permanente de misión”, llevar “nuestras naves mar adentro”, “seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas” (DA 551) Para profundizar en esta concretización misionera, que puede ser asumida, vivida y ejecutada de múltiples maneras, quisiera lo permanente de esta misión.

El vocablo permanente¹⁵ hace referencia a algo “que permanece”. A su vez permanece¹⁶ refiere a “mantenerse sin mutación en un mismo lugar, estado o calidad”. El estado permanente de misión nos invita a una inmutabilidad de nuestro lugar: defender nuestros espacios y lugares eclesiales en la sociedad actual ante la amenazante secularización. O será que la inmutabilidad ha de estar puesta en el estado¹⁷: mantener el estado sólido, firme y perdurable de la Iglesia ante la expansiva modernidad líquida y el gaseoso relativismo moral y doctrinal.

Prefiero comprender que el estado permanente de misión es una interpelación para que los cristianos y las cristianas seamos capaces de mantener inmutable nuestra calidad: calidad de vida humana enmarcada en relaciones cálidas y acogedoras: calidad de amor. Constante, continua y permanente misión que haga de nuestra vida misma una misión, y no una simple tarea, trabajo o proyecto.

Misión que fluye de las permanentes inquietudes humanas que son una constante invitación a la desinstalación, a desarmar carpas y partir hacia nuevos rumbos, porque permanecer es “estar en algún sitio durante cierto tiempo”, no eternamente, no inmutablemente en un lugar y espacio. Permanente misión ha de ser una invitación para que nuestras comunidades, parroquias, grupos eclesiales, etc. reaprendan a permanecer en el amor.

Al respecto puede ser muy iluminadora la imagen de la Vid verdadera (Jn 15, 1-17) transmitida por el evangelista Juan. Allí aparece repetidamente el verbo permanecer, que en su origen griego *menein*¹⁸, significa “morar en”, un habitar dinámico y no estático. En el texto hace

¹⁵ **Permanente:** (Del lat. *permanens, -entis*). 1. adj. Que permanece, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

¹⁶ **Permanecer:** (Del lat. *permanēre*) 1. intr. Mantenerse sin mutación en un mismo lugar, estado o calidad. 2. intr. Estar en algún sitio durante cierto tiempo, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

¹⁷ **Estado:** (Del lat. *status*). 1. m. Situación en que se encuentra alguien o algo, y en especial cada uno de sus sucesivos modos de ser o estar. 2. m. Cada uno de los estamentos en que se dividía el cuerpo social; como el eclesiástico, el de nobles, el de plebeyos, etc. 3. m. Clase o condición a la cual está sujeta la vida de cada uno. 14. m. Fís. Cada uno de los grados o modos de agregación de las moléculas de un cuerpo. *Estado sólido, líquido, gaseoso*, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, en www.rae.es

¹⁸ El verbo *menein* es un término característico de Juan; solo en los escritos joaneos se encuentra 67 veces mientras que en el resto del NT 50 veces. Se dan abundantes formas compuestas del verbo *menein* en el NT y Juan, sin embargo, usa siempre la forma simple a excepción de una sola vez (Jn 8,7). Algunos de los diversos sentidos del término *menein* son: ‘manere, habitare, quiescere, vivere, perdurare, preservare’

referencia a la relación constante y vital, recíproca y fructífera entre el Padre, Jesús y la comunidad discípula. Desde este texto podemos rescatar algunos luminosos pasos para el “estado permanente de misión”.

“Permanezcan en mí, como yo en ustedes” (Jn 15,4), nos dice Jesús embarcándonos en una misión donde su linfa vital, su savia regeneradora es la recíproca interrelación amorosa de por sí centrífuga. Que no tiene nada de intimismo y evasión del mundo, sino es continuo envío hacia fuera porque el que ha visto a Jesús “ha visto al Padre” (Jn 14, 9). La misión de Jesús siempre fue orientada hacia la alteridad del Padre en el evangelio de Juan, del Reino del Dios en los sinópticos.

“El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15, 5). Este constante permanecer en el Amor de Dios genera frutos. Por tanto los frutos misioneros no serán causa de un renovado activismo eclesial, sino del testimonio del “yo en ti, tu en mí”, de la interpenetración relacional con Jesús, pero también con cada extraño, diferente, extranjero, etc. Para que el “estado de misión” sea fructífero y alimenta con vida plena a la humanidad, debe evitar la tentación de los grandes programas, anuncios y obras, para redescubrir la cotidianidad de la vida: permanecer en Dios en cada momento, la misión es cada instante de la vida, 24 horas sobre 24 horas.

“El Padre me amó, yo también los amé, permanezcan en mi amor” (Jn 15, 9). Aquella personas que no perciba el amor de Dios en su vida, jamás podrá convertirse en discípulo-misionero. Sólo quien ha sido transfigurado por el misterioso amor se sentirá enviado a compartir y comunicar este amor. “Permanecer en el amor” resulta la clave para permanecer en estado continuo de misión. La misión, como ya lo dijo Juan Pablo II,

“el amor, es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo deber hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender.” (RM 60)

“Si guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor”... “mi mandamiento es que se amen los unos a los otros como yo les he amado” (Jn 15, 12). La plenitud del amor es la reciprocidad. Aquí tal vez radica el mayor desafío para nosotros cristianos. La verdadera misión es aquella fuerza amorosa y vital que irradia una comunidad capaz de vivir esta calidad de amor. La permanente misión, es permanecer en esta calidad de amor para expandir como círculos concéntricos esta experiencia hacia la sociedad y toda la humanidad. Aquí la fuente del reencanto misionero, en la capacidad de permanecer en la dinamicidad, novedad y de una comunidad que ama hasta dar la vida por los demás. Esa es la medida del “como” nos amó Jesús, esa es la vida trinitaria en la tierra.

“Para que mi gozo esté en ustedes y el gozo de ustedes sea colmado” (Jn 15, 11). En la medida que se concretiza esta trinitaria reciprocidad amorosa es que la misión recobrará todo su gozo. Entonces misión será envío, no ir a adoctrinar y moralizar la vida de los demás, sino

para compartir el gozo de amar y sentirse amado, la plenitud de poder permanecer vinculado a la vida: hacer de cada instante una eternidad esculpida en el cielo.

Gozo de ir aprendiendo a vivir cada presente en el Amor. "Permanecer en el amor" aquí la raíz desde donde brotará la nueva fuerza, audacia e ímpetu misionero. Y en esto del amor, también los poetas algo tendrán para ofrecer y poder recuperar la calidez y ternura del amor cotidiano.

Dejémonos fecundar por este sugerente "Ustedes y nosotros" de Benedetti:

“Ustedes cuando aman/ exigen bienestar
una cama de cedro/ y un colchón especial
nosotros cuando amamos/ es fácil de arreglar
con sábanas qué bueno/ sin sábanas da igual

ustedes cuando aman/ calculan interés
y cuando se desaman /calculan otra vez
nosotros cuando amamos/ es como renacer
y si nos desamamos/ no la pasamos bien

ustedes cuando aman/ son de otra magnitud
hay fotos chismes prensa/ y el amor es un boom
nosotros cuando amamos/ es un amor común
tan simple y tan sabroso/ como tener salud

ustedes cuando aman/ consultan el reloj
porque el tiempo que pierden/ vale medio millón
nosotros cuando amamos/ sin prisa y con fervor
gozamos y nos sale/ barata la función

ustedes cuando aman/ al analista van
él es quien dictamina/ si lo hacen bien o mal
nosotros cuando amamos/ sin tanta cortedad
el subconsciente piola/ se pone a disfrutar ...”

Esta vez vayamos más allá del sugerente e interpelante "ustedes y nosotros" de Benedetti para retomar otras intuiciones sobre el amor presentes en el poema.

"Es fácil de arreglar", cuando hay amor, cuando uno se ha sentido amado, es fácil de arreglar las circunstancias, los lugares para poder amar a los demás. No hay dificultades, no hay

exigencias, no hay requisitos, el auténtico amor no coloca trabas, irrumpe con fuerza y vigor teniendo como horizonte la vida plena de los demás.

Amar "es como renacer" porque amar es dejarnos rozar por el infinito Misterio de Dios. Es volver a la vida desde el acto primigenio del ser humano: hemos sido creados para amar, para amarnos mutuamente. Por eso permanecer en el amor es un continuo renacer a la vida, dinamicidad siempre nueva de relaciones, vínculos y ausencias.

"Tan simple y tan sabroso, como tener salud" es el amor simple y cotidiano que se va entretejiendo en cada momento. La misión es la fidelidad amorosa de la cotidianeidad vivida con intensidad. Misión es cocinar bien, ayudar a los niños en sus tareas, limpiar el hogar, trabajar con esmero, jugar junto a los niños, celebrar en comunidad, salir a la playa juntos, leer un libro por la noche, escribir a amigos y parientes, rezar a Dios para encomendar el día y la noche, ver una película en familia...

Todo esto y mucho más saboreando la vida, "sin prisa y con fervor". Con el fervor de aquel que sabe que cada momento de la vida es único e irrepetible; sin prisa para poder tener el tiempo de detenernos y aproximarnos cada vez que nos cruzamos con un extraño, extranjero o diferente. Con calma buscando la efervescencia que brota de cada encuentro auténtico con quien se ha convertido en prójimo.

En fin, podríamos seguir pero dejemos madurando este "estado permanente de misión" como permanecer en el amor dando la palabra a Pedro Casaldaliga, que parafraseando a san Juan de la Cruz y su "seremos examinados en el amor", afirma:

"Al final del camino me preguntarán:

- ¿Has vivido?, ¿Has amado?

Y yo, sin decir palabras, abriré el corazón lleno de nombres".

Que bello vislumbrar una misión que tiene en su punto de partida, en su desarrollo y en su meta el permanecer en el amor. Una misión que nos prepare al encuentro cara a cara con Dios para que podamos simplemente abrir "el corazón llenos de nombres", gracias a que nuestra misión a sido de "corazón a corazón", entretejiendo relaciones humanas y auténticas; ensanchando nuestra mente, espíritu y afecto hacia todos, toda y todo para incluirlos, respetando y valorando su diversidad, bajo el infinito manto del amor de Dios. Como Jesús, que según el testimonio de Pedro, "pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos" (Hc 10, 38).

3.3. En pos de una misión humana, para que inquiete

A partir de lo que venimos vislumbrando y entretejiendo vamos percibiendo que el para qué de la misión reencantada es simple, pero desafiante. Según el testimonio dado por el

apóstol Pedro a Cornelio, Jesús “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos” (Hc 10, 38). Algo simple, pero sumamente comprometedor y desafiante. No basta ser bueno, el cristiano para manifestar su discipulado-misionero tiene que ejercitarse en hacer el bien a los demás, amarlos hasta dar la vida.

Y hacer el bien también es inquietar los ánimos en estas, nuestras sociedades, tan superficiales y hedonistas, masificadas y manipuladas, desorientadas e inmediateístas. Por tanto un anuncio misionero cargado de denuncia pero sobre todo de una renovada esperanza. Hoy todos buscamos esperanza, sentido de vida para poder seguir amando y renaciendo a la vida.

Entonces el horizonte de la misión podría ser ofrecer al mundo, con el testimonio y el diálogo, el sentido como don. Como un regalo inesperado que nos sorprende y alumbra cada vez que vamos al encuentro de la alteridad. Alteridad tantas veces excluida, discriminada e ignorada. Y es que, como subraya Aparecida la “misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral.” (DA 550)

Pero, permítanme una vez más recurrir al lenguaje de los poetas y músicos, que nos abren a lo inexpresable para concretizar el para qué de la misión que redescubre su encanto. Valga la aclaración que recurrir en este caso a los ajenos y extraños a nuestro universo simbólico eclesial no es un simple recurso literario. Es una opción de fe y un estilo de vida. Es una clave hermenéutica que realmente asume el desafiante diálogo con la diversidad y pluralidad que irrumpe en nuestras sociedades y ha llegado para quedarse. Ha sido un hilo en esta última parte de mi reflexión y que ahora hacia el final es bueno manifestar.

“Llevemos mar adentro nuestras naves” (DA 551) para dejarnos sorprender por nuevas islas y mareas oceánicas que nos enriquecen en nuestro simple peregrinar haciendo el bien por el mundo. En este caso el viento que nos lleva, es el del espíritu, presente una canción del cantautor argentino Raly Barrionuevo, “Somos nosotros”:

*Somos musiqueros
Por que así lo dicta
El sol somos los heroicos
Guerrilleros del amor.*

*Somos los suicidas
Buscadores del amar
Somos los amantes
Trasnochados de la paz.*

*Somos herederos de la
duda y el temor*

*Somos alquimistas de
La gran revolución.*

*Somos mensajeros de
La lucha y la verdad
Somos peregrinos de
La amada libertad.*

*Somos los adictos
Ciudadanos de papel
Somos la esperanza
Dibujada en la pared.*

*Somos los actores
De la cruda realidad
Somos partidarios de la
Humana dignidad.*

*Somos disidentes
De la puta corrupción*

*Somos compañeros de
Las madres del dolor.*

*Somos mensajeros de
La lucha y la verdad
Somos peregrinos de
La amada libertad.*

Misión del Somos y no del soy porque

"soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
Para que pueda ser he de ser otro,
Salir de mí, buscarme entre los otros,
Los otros que no son si yo no existo,
Los otros que me dan plena existencia,
No soy, no hay yo, somos nosotros,
La vida es otra, siempre allá, más lejos,
Fuera de ti, de mí, siempre horizonte."

(Piedra de Sol, Octavio Paz)

Aprender a pensar, sentir y actuar desde el nosotros que no es masificación ideológica y pérdida del yo, sino descubrimiento del otro en mí y de yo en el otro. Yo en ti, tu en mí, dijo Jesús sobre su relación con el Padre, invitándonos a nosotros a la misma calidad de relación.

Misión para aprender a sonar la música que nos dicta el cosmos hoy: búsqueda de amor trasnochándonos por la paz; heredar en nosotros las dudas y temores de la humanidad, hacerlos nuestro dejándonos afectar e inquietar para gestar la revolución social, que ya Jesús inició dos mil años atrás: la revolución de invertir los códigos sociales para que no hay excluidos, marginados, ciudadanos de primera y segunda categoría.

Misioneros-discípulos, nómades mensajeros de la vida verdadera que hemos oído, visto y tocado. Peregrinos de la radical libertad que nos permite estar con todos y todas, comer con pecadores y tener amigos cobradores de impuestos. Libertad radical porque también es libre del propio "ego", de ese yo que cree constituirse a costa de los demás, olvidando que "los actos míos son más míos si son también de todos, para que pueda ser he de ser otro".

“Somos la esperanza” que ha de ser ofrecida con delicadeza y decisión, ya que “el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos, (...) dejar transparentar esa atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y el Caribe” (DA 361).

Misión para que todos y todas seamos actores de esta “cruda realidad” que nos exige defender y promover la “humana dignidad” de toda persona, porque lo profundamente humano, lo humano plenamente humano, es divino. Reencanto misionero para que nuestros pueblos tengan vida y la tengan en plenitud (cf. Jn 10,10) gracias a que sabemos escuchar, aprender y acoger las eclesiales inquietudes humanas, sino las de la humanidad.